

Tres maneras de humildad o tres maneras de amar

*Eduardo Valdés, sj**

Muchas de las reflexiones sobre la vida religiosa están trabajando sobre la crisis o pérdida de atractivo que se está dando en nuestras sociedades. Sin embargo, Dios sigue escuchando el clamor de tantos pueblos y personas que sufren o están abandonados. Él sigue invitando a jóvenes de ambos sexos para que descubran la belleza de continuar un trabajo de vida y consolación para los seres humanos. Nos toca a nosotros ayudar a esos jóvenes a que no sean sordos sino prestos y diligentes.

Posiblemente tendremos que encontrar la novedad en la que se está moviendo Dios en estos tiempos para que no nos quedemos anclados en el pasado sino que vayamos construyendo el futuro que Él hace con nosotros. No olvidemos que la vida religiosa pertenece a la sección de la gratuidad de Dios. Es decir, no somos indispensables pero sí estamos inscritos en la parte profunda de la magnanimidad y liberalidad de Dios para guardar antiguas palabras que aún muestran ese rostro del Padre.

Quisiéramos hacer una breve introducción a este aspecto de novedad que tiene la vida religiosa, más especialmente, los votos como caminos del amor para mostrar que todo Dios es amor y que nos movemos por el puro amor. No negamos que la noción del puro amor parece pertenecer a las descripciones de los místicos pero recordemos que la vida religiosa es uno de los grandes caminos de espiritualidad.

Acogida de los diversos dones

Para las personas que han hecho los Ejercicios Espirituales de San Ignacio es conocida la famosa meditación de las tres maneras de humildad. Con esta meditación pasa algo parecido a la Carta de los

* Jesuita que trabaja en el Centro Monseñor Romero de la UCA de El Salvador.

Hebreos de San Pablo. No es carta, no es a los hebreos y no es de San Pablo. Las tres maneras de humildad sí es de san Ignacio pero no es una meditación y son maneras de amar, es decir, hacer de la fe una presencia que todo lo inunda y lo dirige.

En el número 164ss de Ejercicios nos encontramos con un Ignacio que ofrece un modo de saborear la diversidad de dones que permite entonces entonarse para entrar en las elecciones. Hace volver a la vera doctrina de Cristo, para esa doctrina conviene un espíritu de fineza que se irá pidiendo en medio de las meditaciones propuestas. Las tres maneras de humildad son regalos que se van considerando por ratos del día aunque terminen con el coloquio clásico de las dos banderas. Para la vera doctrina conviene saborear internamente tres regalos que nos hacen.

El primer regalo es descubrir, en el espíritu, que los mandamientos son dones de Dios para mi vida. La ley es la continuación del don de la liberación de una esclavitud y mantener la fe en este Dios se vuelve obediencia, es decir, cómo no perderlo en el camino que lleva de la esclavitud a la tierra prometida y en ella tampoco perder la vida.

El ejercitante después de haber conocido el estar entre brutos animales, en el exilio del pecado sabe que necesita encaminarse en todo según ese Dios que lleva a la patria verdadera, a la humanidad que Él ha creado. Desde esa experiencia no se delibera en cometer un pecado mortal, no hay deseo alguno de volver a ese estado anterior a la liberación, al perdón y al peregrinaje de la vida.

El segundo regalo es descubrir ese mundo ancho y maravilloso de los dones de Dios para mí pero que se hacen estrellas que me llevan al fin al cual he sido creado. Los mandamientos me dan los puntos de referencia para no perder la vida pero hay muchas más cosas que Dios me está regalando, de ahí la "indiferencia" ignaciana para saber moverse dentro de ese mundo maravilloso de los múltiples signos de Dios. Es aprender a descubrir a Dios en todas las cosas sin dejar de caminar siempre hacia Él. El principio y fundamento me sigue mostrando esa gran invitación del proyecto amoroso del Padre hacia mí. Se atraviesa toda ambigüedad, todo "pecado venial" para siempre encaminarse con ese Dios que marcha humildemente a mi lado. Me muestra que no sólo en la salvación me regala su servicio sino también

en el día a día, en su bendición me sigue mostrando su deseo de servirme para siempre alcanzar la vida. Mi respuesta quiere “imitar”, ser lo más parecido a ese Padre para que su imagen en mí no pierda ningún brillo en la relación con las cosas, con el mundo, con las otras personas y con Él mismo. El espíritu de fineza recorre todo el ser humano.

El tercer regalo es acoger lo mejor de Dios. Él no me regala lo que le sobra, no me trata como un mendigo que se conforma con las migajas que caen de la mesa de su Señor sino que recibe lo mejor de Dios: su propio Hijo. Con humildad me acerco a esa Palabra que todo lo toca con vida y amor. Ya no es sólo tener la gracia del discernimiento sino de moverme siempre por una presencia, por un rostro, por una persona. Y hacerlo detrás de Él. Ir con Él me hace pasar por todos los puntos de su vida, pues, todos ellos me muestran cuánto me han amado. Ya no es sólo moverme siempre hacia Dios sino hacerlo por el camino que me han regalado para que sea “humildad perfectísima”.

El que quiera caminar con este rostro hace los tres coloquios para que la plenitud del regalo de Dios llegue a su culmen. Todo termina en servicio y alabanza.

En el fondo, de manera sintética nos hicieron pasar por todos los dones que Dios me ha regalado desde la liberación, creación y salvación con su Hijo y lo que nos piden es que nos pongamos a tono y respondamos en esta trilogía. Tres maneras de amar para responder a ese Dios que me ha amado de esa triple manera que se hace muchas maneras.

Tres respuestas a estos dones

La vida religiosa entra en la misma lógica de las tres maneras de humildad. Es cierto que primero se entra por la vida cristiana. Esta humildad es el gusto que debe tener todo cristiano. Pero cuando se responde al camino concreto que Dios invita vienen los “estados” como hablaban nuestros abuelos espirituales. Decisiones que marcan para siempre (o debería ser así) la dinámica de la vida, dicho de otro modo, rumbos que hacen que toda la vida se ordene de una manera precisa (que todas mis intenciones, acciones y operaciones recorran ese camino escogido). Es clásica la distinción que se hace para los cristianos entre

los sacramentos, sobre todo aquel que se solía contraponer a la vida religiosa: el matrimonio. Este sacramento marca la vida para siempre, pues, el sí a otra persona desde Dios hace que el varón y hembra que eran muy buenos de la creación colaboren con el proyecto de Dios de multiplicarse, dominar la tierra y hacer de este mundo una sociedad humana.

En cambio, la vida religiosa entra dentro de los carismas, es decir, dones de Dios para mostrar que la salvación y la bendición se dan a manos llenas. Dios no sólo regala lo justo para vivir sino que uno se siente satisfecho, lleno, pleno... y todavía sobra. Como decíamos al inicio, la vida religiosa pertenece a esta "supererogación" que Dios hace a los seres humanos. Más aún, con carismas para esta tierra, es decir, dones históricos en este mundo, por eso, todo su aspecto profético. Posiblemente, nos pasará como dice el evangelio sobre el matrimonio. En la vida eterna no habrá casados, tampoco vida religiosa, pues, todos estaremos gozando en plenitud la voluntad de un Padre idéntica para la tierra y el cielo.

La vida religiosa entra dentro del carisma del seguimiento casi "literal" de Jesucristo. Caminar, vivir como Él y ser como Él: pobre, casto y humilde. La persona entera de Jesús, su modo de proceder y de vivir personalmente la misión del Padre se vuelve la puerta estrecha para entrar en el reino de Dios, es decir, encontrar el Espíritu. Ser "como Jesús" se acepta como la marca indeleble que enruta toda la vida de la persona que entra en la vida religiosa.

Aquí se encuentra con los votos que son fuentes que nacen de un sí dado al sí de Dios que invita a estar con el Hijo. Hay un tercer sí que está presente también, el de la Orden o Congregación religiosa. Pues, los votos nos ponen con otros en este proyecto, nuestros fundadores hablaban del "cuerpo" donde esos dos sís se vuelven los productores de alabanza, hacer reverencia (respeto) y servicio a la comunidad grande: la Iglesia.

En este sí que responde al sí de Dios nos ponen con el Hijo para que nos hagamos sus discípulos, es decir, que tengamos los criterios, maneras de ver, de actuar y de discernir como las de Jesús. Es sencillamente evangelizarnos para poder evangelizar. Es dar gratis lo que gratis recibimos. De ahí que los religiosos sigamos los "consejos

evangélicos", ese modo concreto con que nos hacemos discípulos de Jesús para siempre. Entramos en un camino espiritual que se hace a tres voces (un canto polifónico). Un sí que genera tres grandes ríos.

El voto de pobreza, pórtico de la vida religiosa en algunas órdenes, hace entrar en una experiencia de amor que nutre el resto de los amores que tengamos: solo Dios es la riqueza. El único apoyo valedero es Dios y su proyecto. Desde este tesoro se ha vendido todo para adquirir la perla preciosa pero se vuelve riqueza para otros, incluyéndome. Ese tipo de amor me muestra que nadie queda por fuera de ese proyecto amoroso. Todos son acogidos, especialmente lo que están por fuera de los proyectos humanos, es decir, los pobres y afligidos. Dios como riqueza me permite acoger al pobre como gracia. En cambio la riqueza del mundo se vuelve espejo que solo deja mirarme a mí mismo, ya no soy capaz de ver a otra persona a mí alrededor, por eso, si no se escucha la palabra de Dios ni aunque resucite un muerto cambiará la situación. La pobreza garantiza la ley de la hospitalidad con todos, de manera cercana con el pobre.

El voto de castidad, que aparece como inicio en algunas congregaciones, hace descubrir la fidelidad del amor de Dios que se vuelve una experiencia que llena plenamente el corazón dejándolo quieto y sosegado en el puro amor. El rostro de Dios se hace presente y nos llena con su consuelo. Desde esa "consolación" fundamental nos sentimos impulsados a amar a la manera de Dios, construyendo con todos una hermandad. Vivimos ya aquí como resucitados en el amor hacia los demás. Amamos todos los rostros en ese rostro que nos inunda. Sentimos que toda persona humana es una invitación a ser querida, respetada y cuidada de esta manera. Por eso, el voto de castidad es un voto para amar los rostros concretos que nos rodean pero como Jesús lo ha hecho. Recordemos que cuando hablamos del amor, inmediatamente se nos llena el corazón de rostros concretos con sus nombres.

El voto de obediencia es el gran aprendizaje para siempre caminar a la manera de Dios. La palabra de ese Dios abre historia, futuro y novedad. Aprendemos a escuchar esa palabra que siempre termina en hacer cosas para el ser humano. Nos volvemos oyentes de Dios que no deja sin cuidado a los seres humanos, aprendemos a seguirle sin

apartarnos de su lado y nos volvemos grandes colaboradores del trabajo ininterrumpido que hace para todo ser humano. Así también escuchamos el clamor de los pobres y de los que sufren y nos movemos para poner la obra de Dios como respuesta.

Así la humildad se nos vuelve llamado a no perder el nutriente y el amor a cómo no perder la persona que nos mueve. Los votos son nuestros nutrientes y la faz del amado.

Otro voto más

Pareciera que solo algunas órdenes tuvieran lo que se conoce como cuarto voto. Pero creemos que toda vida religiosa tiene su cuarto voto. Es decir, el carisma dentro del carisma. Los votos nos hacen entrar en la gran familia de la vida religiosa. El cuarto voto nos da ese matiz que no pierde el aire de familia pero nos hace diversos y distintos como parte de la riqueza que Dios regala al resto de los seres humanos.

El cuarto voto nos recuerda ese encuentro íntimo y personal con el fundador o fundadora pero que se transmite como herencia religiosa a todos los participantes de esa vida religiosa particular. Por otro lado, este cuarto voto es la llamada a la unidad de los tres votos constitutivos de la vida religiosa y el recuerdo perenne de que esos tres votos se nutren mutuamente entre ellos. Son ríos que se nutren de un mismo afluente y el cuarto voto es el modo preciso para que el religioso(a) dentro de su congregación puede decir, es cierto me he encontrado con el Dios de nuestros padres. Al mismo tiempo, el cuarto voto es el recuerdo imborrable que todo es gracia en nuestra vida religiosa y todo debe llevar a construir la Iglesia que nace de Jesucristo. Somos un vitral más que muestra la belleza y hermosura de esa Iglesia peregrinante y pueblo de Dios.

A manera de conclusión abierta

Los votos religiosos, como habíamos dicho, se vuelven camino espiritual para encarnar la respuesta dada al Dios creador y salvador. Es la concreción de nuestra alabanza, hacer reverencia (respeto) y servicio a Dios nuestro Señor. Ellos nos hacen ganar una "indiferencia" profunda, es decir, nos regalan la libertad de Jesús para realmente movernos con el Magis, ese más de Jesús en todas las cosas. Esta indiferencia nos permite entrar en una relación especial con todo lo creado sin perder el

rostro de Dios que es todo en todo. La indiferencia me regala la justeza y la justicia de mi relación con el mundo. Así mi relación con Dios es el fundamento y el principio rector de mi relación con el mundo y las otras personas. Más aún, las cosas, el mundo, las otras personas son para el ser humano el camino necesario para ir a Dios. Esta relación es verdadera, fecunda y lugar de crecimiento espiritual si pasa por Dios.

Pero no todas las cosas implican el mismo valor de medio o de ayuda eficaz para encontrar a Dios. Esta actitud que me permite hacer ese camino se llama discernimiento, es decir, ganamos una dimensión personal donde la libertad marca todo el actuar y toda relación. La indiferencia conlleva un doble movimiento de compromiso con los medios para llegar al fin que es servir a Dios, al mismo tiempo que nos libera de esos medios para que el fin buscado al inicio pueda ser alcanzado.

Los votos se vuelven así camino de servicio y, al mismo tiempo, caminos de libertad. Es nuestra indiferencia que nos diferencia de los valores del mundo, son puntos de discernimiento que nos atan y se vuelven peso. Un yugo ligero y una carga suave.

Bibliografía

1. Si queremos una reflexión histórico sistemática del camino recorrido por la vida religiosa podemos hacernos a este libro que termina con la crisis actual. José María Castillo: *El futuro de la vida religiosa* (de los orígenes a la crisis actual) Editorial Trotta. Madrid 2003.
2. Si buscamos puntos de referencia para nuestra modernidad, podemos acercarnos a este autor, especialista en la mística del siglo XVI-XVII. Nos pone ante místicos que viven un "cristianismo estallado", es decir, la incertidumbre del hombre actual. Michel de Certeau: *La fábula mística, siglos XVI-XVII*. Universidad Iberoamericana. Traducción Jorge López Moctezuma. México 1993.
3. En la misma línea mística podemos acercarnos a este texto algo obtruso pero que acepta el reto de pensar un amor incondicional, ese impensable amor: el puro amor. Jacques le Brun: *Le pur amour, de Platon à Lacan*. Éditions du Seuil. France 2002.
4. Si queremos entrar en los Ejercicios de San Ignacio podemos tener este texto como pórtico que se mueve en un lenguaje sapiencial. Peter-Hans Kolvenbach: Decir... al "indecible". Mensajero-Sal térrea. Colección Manresa N° 20. Bilbao 1999.